



José Pérez de Vargas

José Pérez de Vargas, Maestro y Poeta (3)

Por ALBERTO TAURO

Es digna de estudiarse la influencia que el docto ejemplo de José Pérez de Vargas pudo ejercer en la formación de los hombres de letras de aquella época: pues, en las tumultuosas décadas de la iniciación republicana se observa una aguda competencia entre el insurgente lenguaje popular y las mesuradas expresiones de los escritores académicos; entre la efusión verbal que reconocía pocas trabas y la escrupulosa versión del pensamiento. El pueblo dicta sus modos a satíricos y costumbristas, dando colmada natalidad a un estilo que apenas asomara su gracia en tiempos anteriores; pero la retórica y la erudición clásicas se hacen presentes en rapsodias de conmemoraciones solemnes o en el lenguaje de algunos poetas atildados. Así como el famoso Antonio de Nebrija lograra imponer la tradición latina en ciertos escritores españoles del siglo XV, sin detener el creciente influjo del toledanismo; así, José Pérez de Vargas difunde y afianza el culto por el latín, infiltrando sus esencias en voces ajenas, pero sin contener la poderosa corriente de la expresión criolla. Y, para hacer más evidente el símil entre ambos, recuérdese que fué Nebrija el autor de la primera Gramática española y Pérez de Vargas un nuncio del romanticismo.

En efecto, el lenguaje poético de José Pérez de Vargas muestra adhesión al cultismo, como natural resultado de su amplia erudición en letras clásicas y debido a una legítima derivación del latín. Pero simultáneamente aparecen en él aquellos elementos bucólicos y morales que el neoclasicismo puso en boga, anticipándose al imperio de la inquietud romántica. Su obra está, en consecuencia, nutrida de interferencias en la tónica y el estilo; y deja traslucir las recónditas vacilaciones que la vida puso en el alma de quienes se hallaron en el umbral de la libertad, sin ser abandonados por las asechanzas y las proyecciones del despotismo.

No da lugar, sinembargo, a la confusión de las disímiles orientaciones seguidas por su estro. Es poeta culto en las preluiones académicas y en las estrofas laudatorias que dedica a gobernantes y personajes notables; en tanto que reserva su sencillez neoclásica para alguna sátira discreta y la expresión de sus entrañables sentimientos familiares o amistosos. Porque la erudición le facilitaba una gaseosa envoltura para el elogio más comprometedor,

permitiéndole mantener su dignidad, y aun impetrar el favor del poderoso para la obra de su colegio. Y porque los domésticos goces, plenamente anhelados y disfrutados, no requerían la invocación a las musas ni el ascenso a las alturas del Parnaso, sino las tremolantes voces de la razón y el sentimiento, o la aproximada imitación de la vida.

En la fase culta de su obra no muestra nunca la pasión fecunda ni el egotismo que caracterizaron a los cultivadores de tal manera; y voluntariamente restringe su libertad retórica, para sujetarse a metros y ritmos usados por sus maestros latinos. Sólo toma del cultismo la predilección por las representaciones mitológicas y las figuras del mundo antiguo, el hipérbaton a veces absurdo y los neologismos originados por la rigurosa traducción de las voces latinas. A decir verdad, el destino cortesano de las composiciones poéticas así concebidas, caracteriza a su autor como un tardío epígono del cultismo.

La fase neoclásica, o prerromántica, se hace presente con mayor y más explicable nitidez. Porque en sus acentos no se mezcla el magisterial afán de lucir ante alumnos y catones la erudición que ilumina y sustenta la cátedra; ni el esfuerzo que la voluntad prodiga al ilustrar una exégesis, en virtud de un paralelo histórico o leyendario. Porque en sus palabras no hay violencia espiritual, ni premeditación. Y aun se diría que la obediencia a la preceptiva es sólo orla, que presta simetría a la familiar imagen del sentimiento; o ligero rito de iniciación en los secretos que espontáneamente descubre el espíritu.

Ambas fases pueden ser estimadas como interlocución, a través de la cual asoma el mensaje poético y humano de José Pérez de Vargas. Allá descubre el dominio de su oficio; y aquí su sensibilidad. O bien, su respuesta a los urgentes reclamos de la vida, y a las voces de la inspiración. La recitación lectiva y su pensamiento trascendente.

A pesar de su validez universal, los símbolos difundidos por la cultura humanística llegan a crear un lenguaje artificioso y acentuadamente convencional. Pues, aun siendo comunes al general conocimiento, puede ocurrir que sólo penetre en ellos quien se encuentre familiarizado con la temática del poeta, y a los demás inspiren alguna diatriba menos digna y sutil que aquellas dirigidas por Quevedo y Lope de Vega contra la poesía de don Luis de Góngora. O, al contrario, las representaciones son a menudo elementales, y su comprensión requiere apenas un leve ejercicio de la sensibilidad o el dominio de una breve clave; pues el poeta apela al símbolo para ilustrar y enaltecer un mensaje llano. Este es, justamente, el valor que José Pérez de Vargas atribuye a tal recurso de expresión estética. No busca en los símbolos el lenguaje afín a las luces de su espíritu, sino el mensaje de tiempos idos; no la secreta vibración de su voz, sino las enseñanzas que viejas culturas nos ofrecen.

Oigamos los augurios que le inspira la conclusión de la campaña emancipadora:

... Ved, ya cerrado
de Jano el templo, cual la augusta frente
levanta al cielo libertad sagrada;
cual de las leyes al benigno imperio
ya sucumbiendo la infernal Erynnis,
con mil aullidos lúgubres y fieros
al suelo arroja la ominosa tea.

Sucedan ya las letras a las armas;
el comercio florezca; el nuevo mundo
centro sea de las artes y las ciencias;
la América no envidie al orbe antiguo
los Píndaros, Polibios, Jenofontes,
Demóstenes y Tulios; pues si en ellos
nos excedió, a los suyos se aventajan
los talentos, e ingenios peregrinos
que produce este suelo...

Y así quedamos iniciados en la naturaleza de los símbolos que toma a la cultura clásica. De igual manera, nos habla del campesino que "vive inerme a la sombra de Astrea"; da a los vientos sus nombres latinos —aquilón, favonio, noto—; llama Hesperia y "ardua Pirene" a España, o Trinacria a Sicilia; y, para demostrar cuánto aborrece a los tiranos, los califica como "aborto del Averno". Recuerda las nobles artes en que se distinguieron Fidias y Zeusis; hace el elogio del derecho, después de mencionar la austera solemnidad del "recinto a Temis dedicado"; y, con ánimo de dar relieve a los progresos de la juventud estudiosa, imagina que sobre sus labores se cierne "el amparo de la sabia Palas". En la Historia y la Mitología halla las vetas que le permiten atesorar caudalosa riqueza de datos:

Mirad reinos, repúblicas, imperios
tocar la cumbre del poder, del fausto,
y abismarse de nuevo en sus ruinas;
la arrogancia mirad del Africano,
el vuelo de las águilas romanas,
la gloria de Alejandro entre los persas,
la de César en Roma. Ved si Codro
vivió en tiempo de Priamo; si fué Numa
contemporáneo de Antenor; si Aquiles
nació en Tesalia, o Tiro; y sobre todo
consultad a la Historia, que os advierta
si reinó Ulises en Asiria, o Nino
en Itaca; si Turno en las batallas
animaba a los Licios escuadrones,

u Orontes a los Rótulos; os muestre
 la Geografía si el Nilo con sus aguas
 baña de Roma la campiña, o el Tíber
 llega a inundar los farios obeliscos.
 Y al volver hacia atrás la vista a tantos
 héroes antiguos y remotos pueblos
 evitad el equívoco en los nombres,
 en el tiempo, en la patria, en los lugares;
 la crítica, el estudio, la memoria
 aclaren lo que el tiempo ha oscurecido.

Si pasais de lo serio a lo jocoso,
 y en la Mitología veis un enjambre
 de dioses, semidioses y centauros
 ¿podréis acaso contener la risa,
 o dejar de llorar tanto delirio
 de la humana razón? ¿Creeréis que Jove
 se hubiese convertido en blanco cisne
 en toro, en hombre, en fiera, en oro, en fuego
 y en otras mil figuras semejantes?
 ¿Que con su lanza y égida Minerva
 de su cerebro haya nacido, y Venus
 de la espuma del mar? ¿Que de la tierra
 salieran los gigantes, y existiesen
 faunos con pies de cabra, y Diana a un tiempo
 tres diferentes formas remudara?
 No os admiréis aun, seguidme atentos:
 veréis a hombres y dioses transformados
 en árboles, en ríos, fuentes y piedras.
 Ved a Dafne en laurel ya convertida,
 a quien verde corteza oprime y cierra;
 ved más allá esos álamos que cubren
 las orillas del Pó; son las hermanas
 que la caída de Faetón lloraron;
 la dura piedra que está allí tendida
 fué Niobe, que burlóse de Latona.
 Esa fuente que al mar corriendo llega
 con mil rodeos por subterránea vía
 fué la Ninfa Aretusa. En este anciano
 cuyo rostro en torrente se disuelve,
 de cuyas cejas cuelga verde musgo,
 conoced a Aqueloo. Donde estáis viendo
 hervir la brea mezclada con azufre
 está la negra Estigia; esos que vuelan

entre la oscuridad confusa y densa
son los manes de aquellos infelices
que no alcanzaron la honra del sepulcro;
el Leteo es aquel río del olvido...

Pero estas imágenes del mundo adquieren cabal vigor en el elogio tributado a Bolívar, "hijo de Marte" —como también habría de llamarlo Olmedo— y "alumno de Minerva" o, mejor, "gloria de Marte" y "honor de Febo". Para su frente quiere "entretrejer febea guirnalda"; y con placer evoca los juveniles días en que el héroe hollara "el suelo do Catón y Bruto, patria y libertad a Roma dieron", pues su gloria halla digna compañía únicamente entre las ilustres sombras que el crepúsculo del Lacio anima.

A la manera de los poetas que en lejanos días buscaban inspiración en ideales alturas, transporta su espíritu hasta el monte Helicón, antiguamente consagrado a las musas. Desde allí contempla a José María de Pando sobre uno de los montes del Parnaso, y decide seguir el ejemplo que le ofrecen los versos garridos de su "Epístola a Próspero":

¿Quién al oír de tu clarín sonoro
el épico fragor, no se conmueve,
de extraña ignota fuerza arrebatado,
cual inexperta mano a la violenta
sacudida de eléctrica centella?
Y ¿quién habrá que lea con duro ceño,
descritas por tu pluma, las virtudes
del héroe americano, inimitable
ejemplo de valor y de ardimiento
en arrostrar los riesgos, y a su carro
la inconstancia fijar de la fortuna?
Y ¿quién previó jamás de lo futuro
los arcanos que encubre el denso velo
de un porvenir incierto, sino un genio,
árbitro de la suerte y del destino?

Y canta a Bolívar. Pero su voz no tiene el acento político escogido por Pando, ni da lugar a la hiperbólica exaltación observada en la oda a "La Victoria de Junín". Armoniza estrictamente con la disciplina humanística del poeta. Y vemos a Bolívar sobre el monte Sacro, evocando las glorias de Roma mientras extranjeros ejércitos contendían en su suelo, y añorando la patria lejana:

... tiempo vendrá en que el nuevo mundo,
rota de Hesperia la servil cadena,
aura feliz de libertad respire.

Escrito por la diestra del Eterno
ya en el libro del tiempo expreso miro
con letras indelebles, el gran fallo
de su emancipación, de su grandeza.

Dice la fama que tres veces juró "libertar la América oprimida, o perecer envuelto en los estragos del exterminador fierro enemigo", y que "tres veces de su tumba luminosa la cerviz levantaron los campeones de la romana libertad". Extiende su mirada por los contornos y descubre el magnífico templo consagrado a Parténope, la sirena a quien venciera Ulises y cuyo cuerpo fuera arrasado por la corriente hasta las riberas de la fértil Campania. Está ornado con trofeos de antiguas victorias, con mármoles y bronces que guardan testimonios de virtudes y hechos heroicos. Todo lo evoca en su memoria, y en los aires vibra de pronto la voz exultante de la diosa:

Vuelve, vuelve valiente americano,
vuelve a aquella región privilegiada
do la luz viste por la vez primera . . .
Todo es allí maravilloso y grande:
todo allí patria y libertad respira.
Allí es fértil la tierra, claro el cielo,
opulentos los valles, y montañas
que lindan con los astros, y atraviesan
ese gran continente a quien dió nombre
el etrusco Américo, en unas partes
el fuego tiemplan de la ardiente zona
con sus eternas nieves, cuando en otras
se ven pobladas de animales raros
que, con sus finas lanas, del invierno
mitigan el rigor; inmensos ríos
de Pomona y de Flora la belleza
aumentan con su límpida corriente;
frutas extrañas al antiguo mundo
hermosean sus campiñas; en sus cerros
se crían ricos veneros que prodigan
la plata, el oro y los demás metales
que la industria y el lujo aprecian tanto.
Benigno el clima, ingenios más benignos
engendra en esos pueblos, y talentos
sublimes en las artes y las ciencias;
laboriosos en paz, sobrios en guerra,
firmes, infatigables y esforzados.
Sus ánimos, al yugo insujetables,
la esclavitud detestan y la infamia

de vivir dominados por tiranos.
 Vé, Próspero: recorre esas regiones.
 En ellas, tú mi imperio consolida;
 y corta, de una vez, el vergonzoso
 nudo que a extraño usurpador las une.
 En ellas el imperio de las leyes
 establece; a tu diestra bienhechora
 haz que deban la paz y la abundancia
 y la Justicia y todas las virtudes.
 Abre las puertas a la industria; el fraude
 castiga; y premia el mérito; a las letras
 pródigo amparo y protección dispensa;
 del desvalido contra el poderoso,
 de la viuda, del huérfano inocente
 te constituye generoso padre.
 Y verás, antes que el terráqueo globo
 doce veces la vuelta haya alcanzado
 a dar al rededor del astro bello,
 a quien el religioso peruviano
 dió culto en su feliz edad de oro,
 que pueblos entre sí los más distantes
 de ese vasto hemisferio, reducidos
 a un solo pueblo, a una familia sola,
 por unas mismas leyes gobernados,
 se gloriarán en aclamarte padre
 y su Libertador y su delicia.

Desde la invocación preliminar y el juramento del Sacro, hasta "El Vaticinio" de la diosa, el poema muestra una intensidad ascendente. Se inicia con tenues y escabrosos acordes, en los cuales señorean los símbolos cultos, trazando un difícil destino a la frase; pero insensiblemente prescinde el poeta de ellos, y su pensamiento gana en vigor y fluidez; logra elevar tono y ritmo, acentúa el énfasis; y una lacónica confirmación del vaticinio le da fin, cuando mayor es la ansiosa identificación del lector. Hábilmente abandona el poeta la razón y opta por la emoción; deja los alardes de erudición clásica y ofrece una grácil pintura de nuestras tierras; olvida los héroes de otros tiempos y enaltece la actitud airosa de los patriotas americanos. Apenas nombra a Bolívar, pero todo el poema es un colmado elogio de sus virtudes; su personalidad domina las vagas imágenes que evoca; y, aún en las extrañas tierras que domina el Sacro, se siente palpar alientos y aromas de América. En consecuencia, denota un absoluto dominio de la estructura poética, cada elemento asume la parte que le corresponde, sin desbordamientos, ni cortedad; y, de acuerdo con un viejo ideal retórico, todo confluye ordenadamente hacia la unidad.

Como retor y humanista, José Pérez de Vargas puede considerarse iniciado en los secretos de la creación poética y en el trato con las musas. Las alturas del Parnaso —“a cuya cima después de largo esfuerzo al fin se llega”— conservan las huellas de su paso. Exclama:

¡Oh! ¡Si el cantor de Delos
pulsar me concediera
la lira placentera
del tierno Anacreón...

Y luego entona su afinada voz. Pero ha heredado la severidad de aquellos cantores que censuraban al pueblo hebreo la corrupción de sus costumbres. Por eso se le siente agobiado por honda cólera, ante las trovas que en su tiempo recogían los odios suscitados por la política y la malevolencia:

Lejos, lejos de aquí la fatal plaga
de esos falsos poetas, que sin freno,
sin luz, sin orden, tropezando en todos
los opuestos estorbos, no desisten
del demente prurito, abandonados
a su ciego furor, menos de burla
que de lástima dignos, la deshonra
son de las Musas y el borrón de Apolo.

Contra ellos dirige más severas invectivas, pues, además de traicionar el alto destino de la poesía, ofenden la moral y el honor del ciudadano:

inmunda plaga de “pseudopoetas”
desterrados del Lacio, que vagando
sin luz, a cada paso eruptan versos
propios para envolver peje salado...

Son cuervos cuyos graznidos perturban “el eco suave de la aonia selva”. Pero los olvida, y se serena después de fulminarlos con su cólera. De su ejemplo deduce una enseñanza para la juventud:

A esa turba dañosa y vulgo insano
mirad con ceño y despreciadla huyendo,
jóvenes, del contagio peligroso.
Bebed puras las aguas de Hipocrenes,
internaos en el coro de las Musas,
y a vuestra frente preparad guirnaldas
de los laureles con que el Lacio culto
el verdadero mérito distingue.

Y volviendo a su misión de retor, agrega:

seguid a Tulio en la oratoria; y sean
Salustio, Livio y Tácito en la historia
los primeros modelos que imiteis;
Nasón, el Venusino, el Mantuano
os darán norma para todo metro,
y lograréis el nombre de poetas
si el arte y naturaleza os lo conceden.

Otras veces contempla desdeñosamente el error y los desacordes sonos de alguna lira:

Siempre que a leer me pongo tu poesía,
temo que Febo, cual a Niobe un tiempo,
me quiera convertir en piedra fría.
¿Qué haré? Tirarla; porque un Praxiteles
no encontraré, de quien esperar pueda
que me anime otra vez con sus cinceles.

Pero, aleccionado por la incomprensión y los desengaños⁶³ originados por su aristárquica rigidez, opta, al fin, por el silencio piadoso:

¿Pues, quién me mete a mí en tacharlo todo,
aunque de errores vea renglones llenos
de lo que escribe el necio y el beodo?
¿Y, si hay quienes mis versos dan por buenos,
no he de corresponder del mismo modo
con no tener por malos los ajenos?

Tales reacciones, suscitadas por expresiones poéticas contemporáneas, definen a José Pérez de Vargas como un consecuente seguidor del concepto que acerca de la poesía defendiera el neoclasicismo: imperio de la preceptiva y de la razón, en el fondo y en la forma; limitación de la originalidad dentro de las pautas marcadas por los maestros de la literatura universal; y negación de las intuiciones geniales.

⁶³ Tal vez se refieren a José Pérez de Vargas unos versos anónimos, publicados por *Mercurio Peruano* en su edición correspondiente al 6 de noviembre de 1828. En ellos pretende el plumífero que quiere ser escritor, y dice:

... Los nueve años,
que recetó de Lima en un escrito
el que llaman maestro de escritores,
el cachigordo adúlador de Augusto,
guárdenlos los austeros observantes
de la primera regla ...

Por ajustarse a las normas poéticas que respetaba, José Pérez de Vargas abandona la erudición y los metros heroicos, en cuanto su estro canta la sencillez de la vida hogareña y las vivencias más entrañables. Adopta ritmos ligeros, susceptibles de ser adaptados a la tónica de la emoción. Cantarinos, como en las octavillas del "Himno a la Aurora":

Solo tu brillo,
tu luz, iguala,
a esa zagala
que me hechizó.
En su mejilla
fresca y hermosa,
la nueva rosa
se retrató.

Captan el gozo que hinche el corazón:

Venid zagales,
venid contentos,
tiernos acentos
a pronunciar;
corred zagalas,
corred festivas
alegres vivas
hoy a entonar.

O parecen doblar con lúgubre tañido, cuando los preside el dolor:

¡Murió Larriva!
Mustias, confusas,
tan cruel ocaso
plañen las Musas;
le plañe el genio
de la amistad.

Este acento de su voz rezuma ternura, intensidad lírica, alta línea de honestidad. Es sólo para su vida íntima, y lleva al poeta hacia un total alejamiento de la ostentosa docencia cultivada por el retórico. En sus ecos afloran valores de eterna y remozada vigencia, que decoran la versión del mensaje poético.

IV

ANTOLOGIA POETICA

HIMNO A LA AURORA

Ven, ven propicia,
o(h) bella Aurora,
para el que adora
tu resplandor.
¡Cual me embelesa
tu faz radiante,
la luz flamante
del nuevo albor!

Solo tu brillo,
tu luz, iguala
a esa zagala
que me hechizó.
En su mejilla
fresca y hermosa,
la nueva rosa
se retrató.

Sus lindos ojos
son dos centellas,
son dos estrellas
para abrazar;
son sus cabellos
un oro fino
que de contino
se ven brillar.

Sus blancos dientes
son cual la perla,
cuando al cogerla
sale del mar.
Es su sonrisa
tan halagüeña
que hasta a una peña
puede animar.

Su labio, nunca
bien ponderado,
en lo encarnado
vence al coral;
ella es la imagen
de la hermosura,
y su cordura
no tiene igual.

Ven, ven propicia,
 o(h) bella Aurora,
 para el que adora
 tu resplandor,
 ¡cual me embelesa
 tu faz radiante,
 la luz flamante
 del nuevo albor!

A GLICERA

Después del crudo invierno,
 en la estación florida.
 todo belleza y vida,
 todo respira amor;
 la tórtola en la selva
 vuelve a formar su nido,
 y canta allí escondido
 el tierno ruiseñor.

Retoza entre las flores
 el suave zefirillo,
 vuelve a cobrar su brillo
 la tierra, el cielo, el mar;
 los faunos y las driadas
 al son de sus panderos
 acentos placenteros
 se ponen a entonar.

Las olas desafía
 la cóncava barquilla,
 de Tetis en la orilla
 se afana el pescador;
 al monte, al valle, al río
 con la zampona al lado
 conduce su ganado
 el pródigo pastor.

¡Oh! si la lira délfica
 diestro templar pudiera,
 cantar la Primavera
 hoy fuera mi placer;
 cantara yo del campo
 las plantas y las flores,
 y mil y mil primores
 que en él solemos ver.

Mas no. A más noble empresa
 ya mi Camena aspira,
 ya la virtud inspira

su fuego animador;
sí, la virtud más pura,
don singular del cielo,
que bajo mortal velo
nos muestra su esplendor.

No así la flor del prado,
no así el verdor del monte,
nos muestra el horizonte
tan bella claridad;
cual brilla en tí, Glicera,
de un modo insigne y claro
ese conjunto raro
de honor y de beldad.

¿Quién con tan digno objeto
enmudecer podría,
sin celebrar el día
que vida y luz te dió.
Pues ya desde la cuna,
sabía Naturaleza
junto con la belleza
honor te prodigó.

Las Gracias te educaron
en este suelo hermoso,
do el Rímac bullicioso
rinde tributo al mar;
aquí solías las flores
pedirle al prado ameno;
y con ella tu seno
y tu frente adornar.

Aquí en el verde tronco
del árbol más lozano
solía tu tierna mano
letreros esculpir;
letreros que leídos
por todo pasajero,
el eco lisonjero
gustaba repetir.

Un límpido arroyuelo
de espejo te servía,
tu rostro en él se vía
rosando en su color;
esa sonrisa plácida,
ese ademán modesto,
ese mirar honesto
mostraba tu candor.

Ya en medio de tus hijos,
 esposa y madre amante,
 te ocupas incesante
 en su prosperidad;
 ya bordas, ya dibujas,
 ya entonas sobre el piano
 del pueblo peruano
 la cara libertad.

Hoy tierno amor recíproco
 te liga a tierno esposo,
 él es por tí dichoso,
 dichosa eres por él;
 jamás la vil discordia
 turbó la paz entrambos,
 siempre gozásteis ambos
 de amor el más fiel.

Vive y prospere el cielo
 los años de tu vida,
 y la Parca homicida
 respete tu virtud;
 vive, y tu prole al lado
 de tan virtuosa madre
 iguale a tu buen padre
 en dicha y rectitud.

*TRIBUTO DE AMISTAD A LA MEMORIA DEL ILUSTRE LITERATO
 D. D. JOSE JOAQUIN DE LARRIVA*

¡Murió Larriva!
 Mustias, confusas,
 tan cruel ocase
 plañen las Musas;
 le plañe el genio
 de la amistad.

Lima se cubre
 de negro manto,
 el Perú todo
 desfoga en llanto,
 de su tristeza
 la inmensidad.

¡Murió Larriva!
 ¿Quién sus talentos,
 quien sus profundos
 conocimientos
 en toda ciencia,
 heredará?

¡Murió Larriva!
 ¡Oh, cruel desgracia!
 ¡Quién de su pluma
 la sal, la gracia,
 y la pureza,
 imitará?

¡Larriva ha muerto!
 ¡Ha fenecido!
 Mas, no, su nombre
 en el olvido
 de oscura huesa
 no ha de posar.

Cisnes del Rímac,
 en lastimero
 eco, la muerte
 de un compañero
 venid, con triste
 plectro, a cantar.

Almas sensibles,
 venid conmigo
 el duro mármol
 del caro amigo
 con vuestro lloro
 a enternecer.

Mas... ¡Ah, qué espanto!
 ¡Oh, yo infelice!
 Una voz bronca
 oigo que dice:
*—Al buen amigo
 ya no has de ver.*

Rosada brilla
 la nueva Aurora.
 el Sol de nuevo
 los montes dora.
 después que bruna
 la noche huyó.

De flores nuevas
 se viste el suelo,
 después que adusto,
 intenso hielo
 de sus verdores
 le despejó.

Mas ¡ay! del hombre
 la férrea suerte
 nunca varía

después que muerte
el fiero dardo
quiso vibrar.

Al sabio, al necio
la tumba iguala:
de un modo mismo
la buena o mala
suerte del hombre
suele acabar.

La virtud sola,
sólo el talento
al hombre ensalza
en todo evento,
y de sí mismo
le hace mayor.

No le deslumbran
la plata, el oro;
sólo la infamia,
sólo el desdoro
son los objetos
de su terror.

¡Murió Larriva!
Mustias, confusas,
tan cruel ocaso
plañen las Musas;
pláñele, Genio
de la amistad.

Cúbrete, Lima,
de negro manto;
pero sensible
desfoga en llanto
de tu tristeza
la inmensidad.

LAS ALFORJAS DEL ALDEANO

(Fábula)

En el tiempo en que Júpiter solía
rozarse con los hombres, recorriendo
por diversión provincias y ciudades,
sentado al pie de una frondosa encina
se encontró con un rústico aldeano
al que a costas le puso un par de alforjas,
mas de modo que la una le colgase

del pescuezo hasta el pecho, y por la espalda
 la otra viniese a dar, y así le dice:
 —Ya estás habilitado; las acciones
 observa de los hombres tus hermanos,
 y todos los defectos que notares
 échalos por delante en esta alforja,
 y los tuyos atrás.

Desde ese tiempo
 todos cargan la alforja de tal modo
 que no les deja ver las propias faltas
 y llevan a la vista las ajenas,
 de las que tienen las alforjas llenas.

TIBERIO Y EL MENDIGO

(Fábula)

Entre varias consejas que mi abuela
 relataba una noche, estando en vela,
 a tío Pascual, que estaba allí presente,
 la que más le gustó fué la siguiente:
 Y es que Augusto Tiberio cierto día
 a su palacio del paseo volvía
 entre una comitiva de señores,
 generales, patricios, senadores;
 cuando al pasar por un portal sombrío
 ve agolpado en la calle un gran gentío
 del que un pobre infeliz rodeado estaba,
 lástima dando a todo el que pasaba;
 llagado de los pies a la cabeza,
 desnudo y abrumado de pobreza,
 todo el cuerpo cubierto de infinitos
 moscones, moscas, tábanos, mosquitos.
 Llega el César, le mira atentamente,
 ordena se retire aquella gente,
 y manda a su primer palafrenero
 que le espante de encima ese mosquero.
 Da el pobre un grito muy descompasado,
 del que el Emperador quedó asombrado.
 Y le dice: Buen hombre... Cuando en esto
 el pobre le interrumpe y dice: Apuesto
 que si en mi situación, señor, te hallaras,
 las moscas que tuvieses no espantarás.
 ¿No ves cuál están éstas bien rellenas
 de la sangre que chupan de mis venas?
 Y si otras vienen flacas y en ayunas,
 sus punzadas serán más importunas;
 de las nuevas no habrá quien no me pique
 creyéndome un turrón, o un alfeñique,
 hasta dejarme al fin y postre neto,

y reducido a un mísero esqueleto.
 Diz que Tiberio dixo, *razón tiene;*
con sus moscas dejarle si se avienc.
 Contaba esto mi abuela, mas no intento
 profundizar a lo que alude el cuento.

EPIGRAMAS

XXI

- (58) Unas borlas, a veces, o un bordado
 hacen del necio un sabio consumado.

XLVII

- (62) Se encierra so este mármol trexebundo
 el mayor hablador que tuvo el mundo,
 el cual, aunque ya calle de contado,
 no puede callar más de lo que ha hablado.

* * *

- (70) En la flor de mi edad vivía confiado,
 mas esa flor Fortuna me ha cortado:
 hoy, cuando más lozana florecía,
 llora mi flor perdida, Flora mía.

* * *

- (71) De necio, lector mío, te acreditaras,
 si todos mis escritos celebraras;
 de envidioso al contrario, cuando todos
 los apocaras de distintos modos.

* * *

- (71) ¿Te admiras, Fabio, porque el escribano
 el oído cierra a tus reconvenciones,
 cuando abierta para él no está tu mano?

* * *

- (71) *Hon* en hebreo, se llaman las riquezas.
 Or el francés al oro le ha llamado.
 Y *hon-or* de estas dos voces se ha formado.

* * *

- (71) Me espanto al contemplar, por vida mía,
 cómo a tantos que han muerto hasta el presente,
 mueren, y han de morir posteriormente,
 se les puede juzgar sólo en un día.

* * *

- (71) Jamás, Emiliano, eches en olvido
que siempre has de ser pobre, si lo has sido;
porque es hecho constante que el dinero
va siempre a donde el rico caballero,

* * *

- (72) ¿Quieres de sabio acreditarte? Poco
habla, y medita lo que hablar quisieres,
porque, si no, criarás fama de loco
y por tu boca se sabrá quién eres.

* * *

- (72) Es cosa muy sabida hasta en Angola,
que el perro sin cesar menea la cola,
y a su señor adula de este modo.
Al perro te asemejas en un todo,
Pontiliano, pues no tienes a mengua
de hacer igual oficio con tu lengua.

* * *

- (73) Que no le daba, se quejó un Usia,
el tratamiento que darle debía.
Díjeme yo: buen hombre, te prevengo,
que no te puedo dar lo que no tengo;
tú más bien, si le tienes según siento,
me puedes dar a mí tu tratamiento.

* * *

- (77) Al ruín, el ruín aplaude con agrado,
y la virtud del justo vitupera;
no quiero aplausos yo de esta manera,
más bien prefiero ser vituperado.

* * *

- (78) Asunto me parece problemático
el ver que te das aire de gramático,
de retórico y lógico acabado
digno de ser de todos admirado.
Tan temeraria presunción refrena,
no descubras tu pobre, estéril vena;
más bien ponte a estudiar lo que no sabes,
y de lo que no entiendes no te alabes.

De umbra

- (79) De mi cuerpo sin cuerpo naces, luego
huyes, si yo te sigo; y si me sigues
huyo de tí, cual humo huye del fuego.

* * *

- (80) Llámase *pecus* en latín la oveja;
y de *pecus*, *pecunia* es derivado.
El español dinero le ha llamado;
por éste al bruto el hombre se asemeja.

* * *

- (80) Bajos aduladores de la corte,
ciudades, y palacios de alto porte,
prefiero a vuestro lujo la belleza
que al campo presta la naturaleza.

In priscum malum poctam

- (81) Siempre que a leer me pongo tu poesía,
temo que Febo, cual a Niobe un tiempo,
me quiera convertir en piedra fría.
¿Qué haré? Tirarla; porque un Praxiteles
no encontraré, de quien esperar pueda
que me anime otra vez con sus cinceles.

Aliud et idem

- (82) Nada en el mundo hay nuevo, y todo es nuevo;
las cosas que existieron ya no existen,
y vienen a existir otras de nuevo.

* * *

- (87) —Va, que así no me besas—,
Filis me dijo un día,
y astuta entre sus dientes
un alfiler tenía.
—A que sí —respondíle,
y en vivo amor deshecho
fingí besar sus labios
y la besé en el pecho.
Dijome airada entonces:
—Contigo más no apuesto;
pues, jugando jugando
quieres ganarme el resto.

EL VATICINIO

¡Qué luz divina me descubre el sacro
recinto de (H)èlicona, impenetrable
a la profana planta, y, largo tiempo
cerrado al vuelo de canoro cisne,
desque de cuervos ominoso enjambre
el eco suave de la aonia selva,

con sus graznidos, a alterar se atreve;
 y desde el humo de un incienso impuro,
 cual densa niebla en el morbosos otooño
 el aire infesta, y se interpone al claro
 fulgor del Pindo, en cuya excelsa cima
 brillan grabados, en diamante eterno,
 los nombres de los héroes que la gloria
 al colmo del honor ha sublimado!
 Y ¡qué deidad, qué sobrehumano genio
 eleva ora mi espíritu! ¡Qué invisible
 fuerza mueve mis pasos, y conforta
 mi débil voz, para aspirar al raro
 honor de entretejer febea guirnalda!
 ¡Ah! Sí: te entiendo ya peruano vate
 Tú que, con paso grave y majestuoso,
 pisas del Pimpla la sagrada cumbre
 y, recorriendo la sonora cuerda
 de tu dorado plectro, te complaces
 en enseñar al apacible Rímac
 a repetir de Próspero las glorias,
 tú diriges mi voz: y tú me animas,
 aunque de lejos, a seguir tus huellas.
 Y ¿a quién no inflamará tu estro divino,
 por más que de un estúpido hotentote
 su origen, o del Cáucaso, trajera?
 ¿Quién al oír de tu clarín sonoro
 el épico fragor, no se conmueve
 de extraña ignota fuerza arrebatado,
 cual inexperta mano a la violenta
 sacudida de eléctrica centella?
 Y ¿quién habrá que lea con duro ceño,
 descritas por tu pluma, las virtudes
 del héroe americano, inimitable
 ejemplo de valor y de ardimiento
 en arrostrar los riesgos, y a su carro
 la inconstancia fijar de la fortuna?
 Y ¿quién previó jamás de lo futuro
 los arcanos que encubre el denso velo
 de un porvenir incierto, sino un genio,
 árbitro de la suerte y del destino?

"Sí: el mundo de Colón ha de ser libre.
 Y lo será si, injusto, no desoye
 el cielo los clamores y los votos
 de la justicia y la virtud más pura.
 ¿No es éste el sitio mismo en donde el pueblo
 romano se acampó, donde hizo frente
 al implacable Anibal, y contuvo
 su marcha gigantesca, cuando altivo,
 reiterando el antiguo juramento,
 dueño ya se creyó del Capitolio:
 cuando orgulloso ya pensó que el día

tremendo había llegado en que los restos del romano poder serían la presa de su insano furor, y en que los nidos de las vencidas águilas latinas iba a hollar victorioso? La alta Roma, desde sus fundamentos conmovida, se estremeció con el horrendo estrago del Trasimeno, de la Trebia y Cannas, y vió enlutados los latinos padres, y puestos en la dura alternativa de haber de recibir o yugo o muerte. Mas no. No siempre la fortuna adversa se muestra al oprimido. Las más veces el tirano opresor al fin sucumbe y besa humilde la vencida planta. Así tiempo vendrá en que el nuevo mundo, rota de Hesperia la servil cadena, aura feliz de libertad respire. Escrito por la diestra del Eterno ya en el libro del tiempo expreso miro con letras indelebles, el gran fallo de su emancipación, de su grandeza".

Así de patrio fuego enardecido, del monte Sacro sobre la alta cumbre, pisando el suelo do Catón y Bruto patria y libertad a Roma dieron, exclamó el héroe que en su seno el germen de patriotismo y libertad guardaba. Tres veces de su tumba luminosa la cerviz levantaron los campeones de la romana libertad. Tres veces del Vaticano los soberbios muros temblaron; y, con luz trémula y vaga, su brillo reflejaron desde el Tiber por toda playa que el Tirreno baña. Cual en lóbrega noche tempestuosa en los aires la eléctrica materia inflamada se extiende, y al viandante muestra la senda que a su fin le guía, así al americano inmenso campo de honor y de gloria y de grandeza se descubre a tal vista; nuevo brío y nuevo ardor de libertad le anima; y tres veces su labio el sacrosanto juramento repite, el juramento de libertar la América oprimida, o perecer envuelto en los estragos del exterminador fierro enemigo.

Más ¡qué grandiosa escena se presenta allí al ilustre espectador! En medio

de un delicioso valle, a quien corona
forman por el oriente unas colinas
de lozano verdor siempre cubiertas,
un magnífico templo se levanta:
y palmos y laureles, tan antiguos
como el mismo edificio, sombra le hacen,
por todas partes, con sus verdes copas.
Allí es fama que un tiempo su morada,
con preferencia a la Trinacria bella,
quiso fijar Parténope. Allí todo
viviente, al acercarse, de un sublime
espíritu se siente electrizado;
cobra fuerza y valor su fibra; y todas
sus potencias adquieren gallardía.
Allí crece la encina, noble premio
del valiente guerrero, el mirto, el apio,
y la honrosa verbena y el amomo
que grato embalsamado olor aspira.
Allí el Zéfiro blando, con sus alas,
los ardores mitiga del estío.
Ni el Aquilón ni el Abrego se atreven
a turbar con sus ráfagas la calma
que en su contorno reina. La fachada
de mármol pario ostenta mil trofeos
arrancados a ejércitos esclavos;
rotas cadenas, yelmos y corazas,
escudos, lanzas, arcos y carcajes
con proporción simétrica dispuestos,
ofrecen a la vista un armonioso
conjunto de mil partes diferentes.
Historiadas las puertas en el bronce
de relieve figuran las batallas
en que triunfó el valor contra la fuerza
en Leuctra, Maratón y Salamina.
Adornan el umbral unos festones
que cuelgan de una cívica guirnalda,
y de su centro, en áureos caracteres,
de Libertad el nombre sobresale.
El interior del templo heroicos hechos
de valor y virtud y nombradía
en cada intercolumnio representa.
Allá Mucio la mano sobre el fuego
poniendo ante Porsena, Horacio el puente
defendiendo animoso, Clelia el Tiber
atravesando varonil, y Curcio
impeliendo el caballo en el abismo.
Más allá Bruto, con la diestra armada,
enseñando el puñal ensangrentado,
Porcia encubriendo la profunda herida
que el pecho le devora, y Casio y Casca
aún en acto de herir. Triunfales carros
de bélicos trofeos enriquecidos

con tan sublime magisterio y arte
 los lienzos intermedios condecoran,
 que dar no se sabría la preferencia
 ni a Scopas ni a Parrasio. Por el frente
 se ven mujeres diestras y aguerridas
 igualar en la lucha al sexo fuerte.
 La gran Pentesilea, la hermosa virgen
 Camila en medio de amazonia tropa
 armando el arco de volátil flecha.
 Por la otra parte Régulo y el grande
 Catón, Marcelo y Fabio y otros héroes
 que vida con su muerte a Roma dieron.
 En medio del soberbio peristilo
 se eleva en alto el ara de la diosa
 que pedestal de pórfido sostiene,
 y a dó por gradas de oriental granito
 se sube. El sacro fuego noche y día
 arde ante el majestuoso simulacro.
 A su perenne luz radiante y pura
 el amor patrio, el mérito y la gloria
 continuos sacrificios le consagran
 y en su honor queman árabes perfumes.

No bien descubre la augural floresta
 el bravo americano, que sus pasos
 dirige al templo, cual en los antiguos
 siglos refieren que a la afortunada
 mansión bajaron el osado y fuerte
 hijo de Tetis, y el piadoso padre
 del tierno Julio; mientras de la historia
 parte a parte recorre los pasajes
 que el efigiado mármol le recuerda,
 oye una voz que de lo más secreto
 salía del templo, como la que en Delfos
 la Pitonisa desde la sagrada
 tripode al pueblo consultor solía
 sus vaticinios anunciar. "Te acerca
 generoso mortal, dice; los hados
 a la sublime empresa te destinan
 de socorrer la humanidad doliente
 sumida en servidumbre ignominiosa,
 de todos sus derechos despojada,
 sin patria en una patria envilecida,
 sin nombre, sin honor y sin virtudes.
 Mira este suelo, en otro tiempo el centro
 del valor y la gloria, en donde todas
 las naciones del orbe sabias leyes
 venían a recibir, hecho el ludibrio
 de bárbaro opresor; al yugo uncido
 de negra servidumbre el ciudadano;
 mi deidad despreciada, y mis altares
 en ajeno poder; mi pueblo todo

mordiendo en vano la servil cadena
 que sacudir contra el terror no puede.
 El galo y el ibero, el moscovita,
 el húngaro, el germano, y los que el agua
 beben del Dniester, aterrados gimen
 a la vista del bárbaro cuchillo,
 que siempre sobre su cerviz gravita.

Y ¿quién habrá que a tan funesto ejemplo
 a invocarme se atreva y, reverente,
 rinda honor a mi numen ultrajado?
 Tú bien me escucha: y en tu pecho imprime
 estas palabras e invariable agüero.
 Vuelve, vuelve valiente americano,
 vuelve a aquella región privilegiada
 dó la luz viste por la vez primera.
 Nuevo nombre de tí reciba aquella
 parte del globo que a Colón sus playas
 franqueó, después de haber sondeado, altivo,
 el fondo del océano, y nuevos senos,
 nuevos astros y vientos observado.
 Todo es allí maravilloso y grande:
 todo allí patria y libertad respira.
 Allí es fértil la tierra, claro el cielo,
 opulentos los valles, y montañas
 que lindan con los astros, y atraviesan
 ese gran continente a quien dió nombre
 el etrusco Américo, en unas partes
 el fuego tiemplan de la ardiente zona
 con sus eternas nieves, cuando en otras
 se ven pobladas de animales raros
 que, con sus finas lanas, del invierno
 mitigan el rigor; inmensos ríos
 de Pomona y de Flora la belleza
 aumentan con su límpida corriente;
 frutas extrañas al antiguo mundo
 hermocean sus campiñas; en sus cerros
 se crían ricos veneros que prodigan
 la plata, el oro y los demás metales
 que la industria y el lujo aprecian tanto.
 Benigno el clima, ingenios más benignos
 engendra en esos pueblos, y talentos
 sublimes en las artes y las ciencias;
 laboriosos en paz, sobrios en guerra,
 firmes, infatigables y esforzados.
 Sus ánimos, al yugo insujetables,
 la esclavitud detestan y la infamia
 de vivir dominados por tiranos.
 Vé Próspero: recorre esas regiones.
 En ellas tú mi imperio consolida;
 y corta, de una vez, el vergonzoso
 nudo que a extraño usurpador las une.

En ellas el imperio de las leyes
establece; a tu diestra bienhechora
haz que deban la paz y la abundancia
y la Justicia y todas las virtudes.
Abre las puertas a la industria; el fraude
castiga; y premia el mérito; a las letras
próvido amparo y protección dispensa;
del desvalido contra el poderoso,
de la viuda, del huérfano inocente
te constituye generoso padre.
Y verás, antes que el terráqueo globo
doce veces la vuelta haya alcanzado
a dar al rededor del astro bello,
a quien el religioso peruviano
dió culto en su feliz edad de oro,
que pueblos entre sí los más distantes
de ese vasto hemisferio, reducidos
a un solo pueblo, a una familia sola,
por unas mismas leyes gobernados,
se gloriarán en aclamarte padre
y su Libertador y su delicia".
Así le habló la diosa. El vaticinio
miradle ya cumplido, americanos:
vuestro honor y virtud protege el cielo;
y vuestra libertad ya está sellada.